

## EL RIO DE GÉNOVA.

La primera ciudad que encontramos en nuestro camino, despues de haber pasado los Estados de Monaco, es *Vintimiglia*, el *Alventinulum* de los Romanos, de que habla Ciceron en sus Cartas familiares, libro 8º, epístola 15, y en la que Tácio se detiene un momento para contar un hecho histórico, digno de un esparciata: una madre licuriana preguntada por los soldados de Otton para que les indicase el sitio donde se habia ocultado su hijo, que habia tomado las armas contra aquel emperador, con aquella sublime impudencia antigua de que Agripina habia dado ejemplo (*feri ventrem*), les enseñó su vientre diciendo: ¡Aquí está! y murió en los tormentos sin exhalar otro grito que aquel grito de la maternidad.

Una carta de Hugo Foscolo, la mas elocuente tal vez de todas las que ha escrito, completa la ilustracion de *Vintimiglia*. Comimos en esta pequeña poblacion. Nos sirvieron conejos de la orilla del Garinara. A los postres

tuvimos un mal rato, viendo que nos ponian en la cuenta una suma de veinte cuartos por un gato. Pedida explicacion sobre esto, supimos que era la comida de Milord. Esta cuenta aclaraba un punto que muchas veces habiamos discutido antes Jadin y yo; era el precio que podia costarnos un gato italiano. Milord, segun las costumbres que habia adquirido en Londres y en París, y que ahora exportaba de París al extranjero, no podia ver un gato sin que en un abrir y cerrar de ojos matase al infeliz. En Francia esto habia sido visto bien, porque en general los gatos están poco protegidos por los posaderos, de quien se comen el queso mas que las ratas. Pero en Italia el cambio de costumbres, y por consecuencia de gusto, podia traernos mil compromisos, sin contar con el aumento de gastos que no habiamos tenido en cuenta al formar nuestro presupuesto. Estábamos muy gozosos de que apenas habiamos puesto el pié en la Cerdeña, habiamos podido adquirir la tarifa fija del valor del gato. Hicimos, pues, en su consecuencia venir al posadero y le preguntamos si creia que el precio que nos ponía era el precio corriente de los gatos en Italia. Creyó este que íbamos á regatearle el gato, y nos enumeró prolijamente todas las cualidades del difunto. Le interrumpimos en su apología para decirle que no conocia nuestra intencion, que no discutiamos sobre el valor del animal, sino que únicamente queriamos saber si este valor no tenia alza ó baja segun los diversos puntos. El posadero meneó la cabeza, y nos aseguró que por dos paulos en Toscana y dos carolinos en Nápoles, creia que Milord podria ahogar lo mejor que hubiera en la raza gatuna, excepto, sin embargo, los gatos de Angora ó los gatos sabios, que tenian en todas partes del

mundo un valor convencional; y que aun habria poblacion ajena á toda industria y privada de todo comercio donde podiamos por este precio pedir además la piel: era cuanto deseábamos saber. En su consecuencia pagamos la cuenta, pero nos hicimos dar un recibo sellado, del gato: este recibo era importante, porque debia servir de molde. Despues de una madura deliberacion, lo redactamos en estos términos:

« Recibi de dos señores franceses, que viajan con un alano, veinte cuartos de Cerdeña ó un franco de Francia, que hacen dos paulos de Toscana ó dos carlinos de Nápoles, en pago de un gato de primera calidad muerto por el supradicho alano.

Vintimiglia, 20 de marzo de 1855.

FRANCESCO BIAGIOLI,

Patrone de la locanda de la Croce de Oro. »

Al cabo de ocho dias teníamos tres recibos en regla y perfectamente detallados en que los gatos eran apreciados en el mismo valor, lo que era para nosotros un gran descanso para el resto del viaje en atencion á que cuando nos pedian mas, lo que sucedia frecuentemente, sacábamos nuestro registro diciendo: Mirad, este es el precio á que pagamos los gatos por todas partes. El propietario del muerto echaba la vista en los papeles, y convencido por los respetables testimonios que le presentábamos concluía siempre por decir:

— *Dunque, va bene per due paoli.*

Y entregándole los dos paulos nos volvíamos á poner en camino con sus bendiciones que las daban por año-

didura, sintiendo en el fondo de su corazon que en lugar de un gato no hubiera ahogado dos Milord.

Continuamos, pues, nuestro camino muy satisfechos de la invencion, cuando al salir de Borduguera nos distrajimos de aquellas ideas con el severo aspecto de la aldea de San Remo, con su hermana de San Rómulo rodeada toda de palmeras. Detuvimos un instante para descansar nuestros ojos fatigados con aquellos eternos olivos negruzcos y encogidos, sobre aquella vegetacion oriental. En aquel momento se acercó á nosotros un aldeano, y viendo la satisfaccion con que nos habíamos detenido en aquel pequeño oasis, nos dijo que no era buena hora para mirar las palmeras de San Remo, y que entonces las veíamos con desventaja para ellas. En efecto, acababan de ser despojadas de sus mas hermosas palmas, que habian sido llevadas á Roma para la fiesta del Domingo de Ramos. Pregunté entonces porqué aquellas palmas eran llevadas á Roma, y si los habitantes sacaban de aquella remesa algun provecho temporal ó espiritual: y supe que era un privilegio de la familia Bresca, que le habia sido concedido por Sixto V, y que ha sido conservado despues. Este fué el motivo de la concesion.

En 1556 habia todavía en el mismo sitio donde Pio VI ha hecho construir la sacristia de San Pedro, un magnífico obelisco, poseido en otro tiempo por Gore, rey de Egipto, en la ciudad de Heliópolis: trasportado despues por Caligula á Roma, y colocado despues en el circo de Neron, ó Vaticano, sobre el punto en el que Constantino hizo construir su basilica. Hasta 1586, es decir, hasta el segundo año del pontificado de Sixto V, habia permanecido en pie aquel obelisco en

medio de los edificios sucesivos que habia hecho hacer Nicolás V, Julio I, Leon X y Sixto V, cuando el gran pontifice, que hizo mas en cinco años, que otros cinco papas hicieron nunca en un siglo, resolvió hacer trasportar el gigante monólito que tenia setenta y seis piés de alto, y con la que háy encima ochenta y seis, sobre aquella hermosa plaza que setenta años mas tarde Bertin debia cerrar con su magnífica columnata.

Fontana, el mas hábil mecánico de su tiempo, fué el encargado de aquella grande operacion : dispuso sus máquinas como hombre que comprende que los ojos de toda una ciudad estaban fijos sobre él. El papa le dijo que no omitiese gastos para conseguir su objeto. Fontana obró en consecuencia : solo el transporte, aunque no fué mas que de ciento cincuenta pasos apenas, costó doscientos mil francos.

Por último, terminados todos los preparativos, Fontana señaló el dia en que contaba poner el pié del obelisco sobre su pedestal, y este dia fué publicado á son de trompeta por toda la ciudad. Todos podian asistir á la operacion, pero á condicion de guardar el mas riguroso silencio. Habia reclamado este punto Fontana, á fin de que solo su voz, la única que tenia derecho para dar órdenes en aquel gran dia, pudiese oirse por los trabajadores. Como Sixto V no hacia las cosas á medias, la proclama decia que la menor palabra, el menor grito, la menor exclamacion, seria castigada con la muerte, cualquiera que fuese el estado y condicion del que la hubiese proferido.

Comenzó Fontana su trabajo en medio de una inmensa multitud : á un lado estaba el papa y toda su corte sobre un tablado expresamente levantado : al

otro estaba el verdugo y la horca : en medio, en un espacio cercado, y que hacia respetar un círculo de soldados, estaban Fontana y sus obreros.

Habia sido elevada hasta su pedestal la base del obelisco ; lo que quedaba que hacer era ponerle en pié, enderezarle. Por medio de cuerdas atadas á su extremidad, debia por un ingenioso mecanismo hacerle perder la posicion horizontal para elevarle poco á poco á una posicion perpendicular. Habian sido medidas para este efecto la longitud de las cuerdas : llegadas á su punto de descanso, el obelisco debia quedar en pié.

Comenzó la operacion en medio del mas profundo silencio ; el obelisco lentamente levantado, obedecia como por magia á la fuerza atractiva que le ponía en movimiento. El papa, mudo como todos los demás, animaba la maniobra con señales de cabeza : la voz del arquitecto dando órdenes, resonaba solo en medio de aquel solemne silencio. El obelisco tenia que ceder ; una ó dos vueltas de rueda faltaban ya, y quedaba fijo sobre su base. De pronto Fontana ve que no rueda el mecanismo ; la medida de las cuerdas habia sido tomada exactamente, pero las cuerdas se habian alargado por la masa y se hallaban ahora algunos piés mas largas ; ninguna fuerza humana podia suplir á la fuerza que faltaba. Era una operacion perdida, una reputacion hundida : Fontana apresuraba las órdenes, multiplicaba las disposiciones. En el momento en que las cuerdas no atraian al obelisco, el obelisco pesaba doble sobre las cuerdas. Echóse las manos á la frente Fontana, no veia ningun medio de salvar el extremo en que se hallaba, conocía que se iba á volver loco. En aquel momento se rompió uno de los cables.

De pronto un hombre gritó en la multitud: *aque alle corde — agua á las cuerdas*, y atravesando el espacio, fué á entregarse en manos del verdugo.

El consejo es un rayo de luz para Fontana. Sobre toda la extension de los cables hizo verter inmediatamente cubos de agua. Apretáronse las cuerdas enteramente, sin esfuerzo, y como por mano de Dios; el obelisco volvió á ponerse en movimiento y se asentó sobre su base, en medio de los aplausos de la multitud.

Entonces Fontana corrió á su salvador, á quien encontró con la cuerda al cuello, y entre las manos del verdugo; le coge en sus brazos, le abraza, le arrastra, le lleva á los piés de Sixto V, y pide para él un perdón ya concedido. Pero no bastaba darle el perdón, necesitábase darle una recompensa. El papa pidió al forastero que fijase él mismo lo que queria. El forastero respondió que era de la familia de Bresca, que era rico, y que por consecuencia no tenia favores pecuniarios que pedir, pero que habitaba en San Remo, aldea famosa por sus palmeras, y que pedía el permiso de llevar todos los años, gratis, las palmas necesarias para la función del Domingo de Ramos en Roma. Sixto V concedió aquel privilegio, señalando una pensión de seis mil escudos romanos para el cultivo y mantenimiento de las palmeras.

Desde aquel tiempo la familia Bresca, que existe todavía, ha usado del privilegio de llevar todos los años á Roma un buque cargado de palmas, y hace doscientos cuarenta y cinco años que este privilegio le ha sido concedido, gozando de la visible proteccion del cielo, porque jamás el menor accidente ha sucedido á nin-

guno de los doscientos cuarenta y cinco buques que hereditaria y anualmente han trasportado esta santa carga.

Llegamos á Oneille á las nueve de la noche, porque nuestro veturino, habiéndonos prometido dejarnos en Génova al tercer día, á los dos, á la puerta de la fonda de las Cuatro Naciones, arreglaba sus jornadas en vista de esto. Resultó que salimos de Oneille al día siguiente al amanecer. No diremos gran cosa de este pueblo, sino que es la patria del gran Andrea Doria, lo que no impide, á juzgar por la posada en que hicimos noche, que las posadas de este punto son detestables.

Al amanecer nos pusimos en camino. Comenzábamos á despertarnos, cuando atraves á lamos por Alesio, donde vimos por la vez primera á las mujeres peinadas con el mezzaro genovés; velo blanco, que sin ocultarlo, cuadra divinamente sobre su rostro. En cuanto á los hombres, eran en otro tiempo osados marinos que tomaron parte con Pizarro en la conquista del Perú, y con don Juan de Austria en la victoria de Lepanto.

Detuvimos para almorzar en Albengo, ciudad de dulcísimo nombre, pero á la que sus derruidas murallas y sus torres destruidas, dan uno de los mas tristes aspectos. En Albengo es donde, si se ha de creer á madama Genlis, la duquesa de Cerifallo fué encerrada durante nueve años en un subterráneo por su marido.

Otro punto histórico mas seriamente averiguado es, que fué en Albengo donde nació aquel Prócuro que disputó el imperio á Probo, y Decius Pertinax, á quien es preciso no confundir con el Pertinax que fué emperador.

Posee Albengo dos monumentos antiguos, su baptis-

terio, que se remonta, dicen, á Prócuro, y su Ponte-Longo que fué edificado por el general romano Constantio. Una cosa notable además es, que los habitantes de Albengo, la antigua Albiganum, se habían aliado con Magon, hermano de Anibal, siendo comprendidos en el tratado de paz que hizo con el cónsul romano Publio Elio, y desde aquel tiempo hasta el siglo XII, en virtud de aquel tratado se gobernaron con sus propias leyes, acuñando moneda como Estado independiente. En el siglo XII, los Pisanos en guerra con los Genoveses, se apoderaron de Albengo y la saquearon. Vuelta á edificar por los Genoveses permaneció desde ese tiempo así, sin ser quemada, es verdad, pero sin ser reedificada. Lo que hace que Albengo tenga gran necesidad de ser quemada segunda vez.

El camino continuaba siendo cada vez mas delicioso y lleno de accidentes mas pintorescos unos que otros : con la mar á nuestra derecha, tranquila cual un lago, y resplandeciente cual un espejo ; y á nuestra izquierda, escarpadas rocas unas veces, encantadores valles otras, con alamedas de granados y de laureles ; otras, vistas de lindísimas poblaciones destacándose sobre el azulado fondo, cual se ve en los piés de sus montañas. Resultó de aquí que sin cansancio ninguno llegamos á Sabona donde debíamos hacer noche.

Sabona es una especie de ciudad á quien ha quedado una especie de puerto que los Genoveses han hecho se ciegue poco á poco, á pesar de las reclamaciones de los habitantes, á fin de que el comercio de Sabona no perjudique al comercio de Génova. De aquí ha resultado que Sabona está casi arruinada. Como todas las prosperidades caídas y obligadas á renunciar á su porvenir, la ciu-

dad cifra su orgullo en su pasado. En efecto, Sabona ha dado nacimiento al emperador Pertinax, á Gregorio VII, á Sixto IV, á Julio II y á Chiarrera, que pasa por el poeta lírico mas grande que ha tenido jamás la Italia. De todas las grandezas, le quedan á Sabona la fachada del palacio de Julio II, atribuida al arquitecto San Gallo, y el bajo relieve de la visita de la Virgen á Santa Isabel, uno de los mejores del Bernin.

Enseña además el sacristan al viajero un cuadro de la Presentacion de la Virgen en el templo, como del pincel del Dominicano. Desconfiad del sacristan de Sabona ; pensad si os enseña un Vasari ó un Gaetano, que todavía salís engañado.

A tres ó cuatro leguas de Sabona, encontramos á Cogoletto, aldea que pretende saber mejor que el mismo Colon dónde ha nacido, y que reclama como uno de sus hijos al gran navegante, aunque él haya dicho en su testamento : *y siendo yo nacido en Génova, como natural de ella, porque de ella salí y en ella nací.*

El argumento hubiera tal vez sido concluyente para cualquiera otro pueblo que Cogoletto, pero éste es terco, y respondió á Colon escribiendo sobre la puerta de una especie de cabaña que pretende ser la casa del gran marino :

*Provincia di Savona,  
Comuna di Cogoletto,  
Patria di Colombo,  
Scopritor del Nuovo Mondo.*

Despues de esto, y como no pudiendo hacer mas mal, añadió el verso latino de Saghsifi :

*Unus erat mundus : duo sint, ait iste : fuere.*

No había mas que un mundo : que haya dos, dijo Colon : y los hubo.

En fin, para acumular pruebas, desenterró un viejo retrato que representaba el venerable rostro de un bailío de Cogoletto, y lo llevaron con gran pompa á la casa de ayuntamiento, cual si fuese el retrato de Colon.

Los que pasen por Cogoletto deben dar al cicerone que les enseñe aquel retrato, la limosna de algunos palos en memoria del pobre Colon, tan cruelmente perseguido durante su vida, y tan crudamente calumniado despues de su muerte.

### GÉNOVA LA SOBERBIA.

Al salir de Cogoletto, viene, por decirlo así, Génova á presentarse delante del viajero. Pegli con sus tierras, magnífica villa, no es mas que una especie de arrabal que pasa por Cetri di Ponenti, y que prolongado hasta San Pedro de Armo, digna entrada de la ciudad que se ha dado á sí misma el nombre de la Soberbia, y que desde seis ó siete leguas ya se deja ver en el horizonte recostada en el fondo de su golfo con la elegante majestad de una reina. Una sola palabra explica además aquel lujo casi inexplicable de palacios que el viajero encuentra atravesados sobre su camino con la misma profusion que las bastidas ó casas de campo de las inmediaciones de Marsella.

Las leyes suntuarias de la república que prohibían dar fiestas, vestirse de terciopelo ó de brocado y llevar pedrería, no se extendían fuera de las murallas de la capital : era, pues, en el campo donde se había refugiado el lujo de aquellos turbulentos y orgullosos republicanos.

La primera cosa que vimos al llegar á Génova y al atravesar para ir á nuestro hotel la Porta di Vacca, que está situada cerca de la dársena, es una porcion de cadenas del puerto de Pisa, rotas por los Genoveses en 1290.

Hace seiscientos años que aquel testimonio del odio de dos pueblos, odio que su comun caída no ha podido destruir, se halla á la vista de todos. Conrado Doria fué el que saliendo de Génova con cuarenta galeras, y apoyado por las de Lucca, dice el historiador Accinelli, atacó el puerto pisano, lo saqueó, y volviéndose en seguida contra Liorna, destruyó las fortificaciones de la ciudad, excepto la iglesia de San Juan.

No es esta la sola prueba de odio que los Genoveses hayan dado á los demás pueblos de la peninsula. En 1262, habiendo abandonado el emperador griego á los Genoveses un castillo que pertenecía á los Venecianos, los Genoveses, por odio á estos, de quienes habían recibido no sé qué insulto, demolieron el castillo y trasportaron las piedras sobre sus navíos. Llevaron aquellas piedras á Génova, y construyeron el edificio conocido en otro tiempo bajo el nombre de Banco di San Jorge, y hoy bajo el de Bolsa.

Aquel edificio encierra un monumento de orgullo. Es el grifo genovés sofocando con sus garras el águila imperial y la torre pisana, con esta inscripcion :

GRIPHUS UT HAS ANGIT,  
SIC HOSTES GENUA FRANGIT.

Si se sube á la Bolsa, se encontrarán allí las antiguas bocas de la *denuncia*, que en las últimas revoluciones, segun se asegura, no permanecieron siempre vacías.

Nuestro hotel ó fonda se hallaba cerca de la dársena, Mientras que nos preparaban la comida, tuve tiempo de ir con Schiller en la mano, á hacer mi visita al sepulcro de Fieschi. Con esta ocasion recorri el arsenal de mar. En el primer recinto Génova hoy arma, desarma ó repara sus buques. A este recinto ha sucedido uno segundo, seco, y que ahora no es mas que un vasto taller marítimo, donde la república construía aquellas famosas galeras largas de cincuenta y ocho metros, anchas de cuatro, que costaba cada una 7,000 libras genovesas, y que tripuladas por doscientos treinta hombres recorrian como soberanas todo el Mediterráneo. Este segundo recinto sirve hoy de taller á setecientos ú ochocientos presidiarios que arrastran su cadena bajo las hermosas bóvedas construidas en el siglo XIII segun los dibujos de Bocanegra.

En el rincon del arsenal, hay un ex-voto sardo con esta inscripcion :

« *Brigantino sardo, La Fenice, commandato da capitano Felice Fleine, noto dai 13 ai 14 Febrajo 1835, essendosi aperta un entestatura di tabola Calo a pisso a l' Isola di Laire.* »

Un cuadro representa este suceso : el navio se sumerge, la lancha se abandona al mar, y se invoca la Virgen y se aparece en un rincon del lienzo, calma la tempestad en un instante.

Yendo del arsenal al palacio viejo Doria, se encuentra en el camino la puerta de Santo Tomás ; una puercecita se abre en la grande ; pasando el dintel de esta puerta, fué muerto Gianettino, sobrino del dux.

Antes de llegar á esta puerta, se atraviesa la plaza de Aqua verde. En este sitio, Massena, despues de haberse sostenido sesenta días, viendo agotados todos sus recursos, y habiéndose comido hasta las sillas de los caballos, y los caballos mismos, firmó en el puente de Gónegliano con el almirante Kaith y el baron de Ott, su hermosa capitulacion, que intituló convencion. Reunió el resto de su guarnicion, como unos doce mil hombres, y durante tres días cantaron allí rodeados de los Austríacos todas las canciones patrióticas de la Francia.

El palacio Doria es el rey del golfo. Parece al verle que es para el placer de los ojos de los que lo han habitado, para lo que ha sido Génova edificada en anfiteatro. Subimos las anchas escaleras que el anciano dux Doria á los ochenta años subia con su túnica ducal, despues, como dice la inscripcion, de haber sido almirante del papa, de Carlos V, de Francisco I, y de Génova. Al subir aquella escalera, no hay mas que levantar los ojos para ver sobre la cabeza de uno, encantadores frescos imitados á los del Vaticano, y pintados por Perino del Vage, uno de los mejores discipulos de Rafael, que el saqueo de Roma por los soldados del condestable de Borbon hizo huir de la ciudad santa. En aquella época habia siempre palacios abiertos para el poeta ó el artista que huia con el pincel ó la pluma en la mano. Perino del Vage halló el palacio de Doria en el camino; fué allí recibido por el anciano dux como hubiese podido ser recibido el embajador de un rey, y pagó su hospitalidad llenando de obras maestras los muros que le ofrecian un abrigo.

El palacio Doria se halla entre dos jardines, el uno

de ellos está situado al otro lado de la calle, y se eleva con la montaña; se llega á él por una galería; el otro está contiguo al palacio mismo, y conduce á un terrado de mármol que domina el golfo. Sobre este terrado, Andrés Doria daba á los embajadores aquellas famosas comidas servidas en vajilla de plata renovada tres veces, y que despues de cada servicio se arrojaba al mar.

Tal vez habia ocultas algunas redes bajo del agua por medio de las cuales volverian á pescar al día siguiente platos y jarras; pero este es el secreto del orgullo ducal que jamás ha sido revelado.

Cerca de la estatua colosal de Júpiter, se levanta el monumento funerario del famoso perro Radan, regalado por Carlos V á Andrés Doria, que habiendo muerto en ausencia de Doria, fué enterrado al pié de aquella estatua, á fin, dice el epitafio, de que muerto y todo como estaba, no cesase de guardar un dios. Volvió Doria de su expedicion, halló el epitafio muy natural, y lo dejó como estaba.

El mismo Doria se halla enterrado en la iglesia de San Mateo.

Mi religion por la historia me habia desde luego conducido á donde me llamaban mis recuerdos: pagadas mis deudas con Doria, con Fiagni y con Massena, eché una mirada sobre la linterna edificada por Carlos VIII, y andando unos diez minutos por la muralla, me hallé á la puerta del arsenal donde estaba el famoso Rostrin antiguo, que fué hallado en el puerto de Génova, y que se supone haber pertenecido á un buque echado á pique en el combate naval que tuvo lugar entre los Genoveses y Magon, hermano de Anibal. Cerca de aquel Rostrin que tiene la fecha del año 524 de Roma, hay

un cañon de cuero con aros de hierro, cogido á los Venecianos en el sitio de Chiozza en 1379, y que por consecuencia es uno de los primeros que se hicieron despues de la invencion de la pólvora.

Hay treinta y dos corazas de mujeres, traídas en 1301 por las cruzadas genovesas, y cuya forma ha hecho suscitar en el presidente Desgrosses una duda tan injuriosa á aquellas jóvenes amazonas. En el momento de citar la opinion del inteligente presidente, yo no me atreví á expresarla, y me contento con referirme á su obra misma. Estas corazas han sido vendidas por las calles en 1815 por hierro viejo, por los Ingleses que se habian apoderado de Génova. Una sola ha escapado de esta especulacion de lacayos, y no me ha parecido muy auténtica.

Del arsenal no hay mas que un paso al extremo de la calle de Balbi, una de las tres únicas calles que existen en Génova, pues las demás apenas merecen el nombre de callejuelas. Verdad es tambien que estas tres calles que madama Stael pretendia ser construidas para un congreso de reyes, y que Alfieri llamaba un almacen de palacios, no tienen tal vez su igual en todo el mundo.

Sobre todos aquellos palacios ha extendido el tiempo una capa de increíble tristeza. Algunos se abren en grietas, otros se han cuarteado: los restos que caen son hollados en las callejuelas que los separan, ó se juntan con otras inmundicias. Es una dolorosa mezcla de hierro y de mármol, de grandeza y miseria, en donde se colegiria que con la décima parte de lo que han costado se tendrían palacios, muebles, cuadros, y á creer el proverbio genovés, un ducado además.

El proverbio no es como la investigacion científica

del presidente Desgrosses: este le podemos citar. En su consecuencia aquí lo tienen nuestros lectores tal como ha corrido en todo tiempo:

*Mare senza pesce, monti senza legno, uomini senza fede, donne senza vergogna.*

Lo que significa:

Mar sin pescado, monte sin leña, hombres sin fe, mujeres sin vergüenza.

Este proverbio es el que, sin duda, hacia decir á Lu's XI:

« Los Genoveses se me entregan y yo los entrego al diablo. »

Hay que hacer una corta reflexion, y es que yo creo que el proverbio es pisano y no genovés. Bridoisson dice con mucha exactitud que nadie dice esas cosas de sí mismo, y es seguro que ningun genovés, por tonto que fuese, pudiera haberlas dicho.

La *Strada Balbi* nos llevó á la *Strada nuovissima*, y la *Strada nuovissima* á la *Strada nuova*. En esta última calle, terminada por las *Fuentes amorosas*, toda encuadrada en sus casas con frescos exteriores, es donde se hallan los mas hermosos palacios. Entre estos visitamos dos: el palacio *Doria Tursi* y el palacio Rojo. El uno propiedad pública, perteneciente al Estado, y el otro propiedad particular, perteneciente á Mr. Brignoli, embajador del rey Carlos Alberto en Paris.

El palacio Tursi, cuya arquitectura se atribuye malamente á Miguel Ángel, fué comenzado por el lombardo Roque Lúgaro, adornado en las puertas y en las ventanas por Tadeo Carloni y concluido por Baudon: las pinturas son del caballero Miguel Cancio. Además de ser runo de los mas ricos por fuera, es uno de los mas

hermosos por dentro. No sucede así con el palacio Rojo: su exterior es poco elegante, aunque no carece de cierta grandiosidad, pero encierra la más hermosa galería de Génova, sin excluir la galería real. Allí hay cuadros del Ticiano, del Veronés, de Palma-Bechio, de Paris-Bordone, de Alberto Durero, de Luis Caraciolo, de Miguel Ángel, de Caravaggio, de Carlos Dolci, del Guerchino, de Guido, y sobre todo de Van-Diek. Inútil es decir que el palacio Brignoli no es de los que están de venta.

Quise visitar el sepulcro de Fieschi, del que solo quedaba el sitio donde fué edificado el sepulcro. Me hice llevar á él: aquel sitio, siempre vacío, está situado cerca de la iglesia de *Santa Maria in via lata*.

Esta inscripción, sin nombrar al conspirador, denota la época en que el terreno se convirtió en propiedad del Estado.

En cualquiera otro país, aquel sitio, que apenas tiene treinta pies cuadrados, daría una idea muy pobre de la riqueza y del poder de su propietario; pero en Génova no hay que tomar los palacios á lo ancho, sino á lo alto. Los más ricos, á excepcion del de Andrea Doria y otros dos ó tres tal vez, no tienen jardines sino sobre las azoteas y sobre las ventanas.

Otro recuerdo del mismo género se halla á algunos minutos de distancia del primero, cerca de la iglesia romana de San Donato, donde acaban de descubrirse, bajo el blanqueo de cal que las cubría como el resto del edificio, cuatro lindísimas columnas de granito oriental, las más hermosas y mejor conservadas tal vez de las que hay en toda la ciudad de Génova, que es la ciudad de las columnas.

Este recuerdo, que trae la fecha de 1560, se refiere á

la conspiración Raggio: el palacio fué demolido como el de Fieschi, pero la inscripción ha sido quitada por un descendiente del conspirador, ministro de policía y que llevaba el mismo nombre.

Esta conspiración, menos conocida que la de Fieschi porque no ha encontrado un Schiller que hiciese de ella una obra maestra trágica, no por eso estuvo á punto de ser menos fatal como la otra á la república, y fué descubierta por una casualidad no menos notable que la hizo abortar como al proyecto de Fieschi.

El marqués de Raggio, el jefe de esta conspiración, hacía abrir desde su palacio al ducal una galería subterránea, de la que debían salir á una hora dada treinta conjurados perfectamente armados y decididos, cuando un tambor que estaba de guardia en el palacio, habiendo colocado por casualidad su caja en el suelo, notó que se estremecía, como sucede cuando se trabaja debajo en alguna mina: llamó inmediatamente á su oficial que previno al dux. Se contraminó y se encontraron los trabajadores. La galería subterránea conducía directamente á la casa del marqués de Raggio: no había medio de poder negar. Además el culpable era demasiado altivo y orgulloso para que ni aun se le ocurriese esta idea: lo confesó todo y fué condenado á muerte.

En el momento en que caminaba al suplicio, á la mitad del camino de *Castellaccio*, donde debía ser ejecutado, pidió como último favor el morir teniendo en la mano un crucifijo, traído, según decía, por uno de sus antepasados de Tierra Santa, y en el que tenía grandísima fe.

En aquella época de creencias se halló la petición muy sencilla, y se le concedió desde luego al reo: enviaron

por consecuencia un sacerdote al palacio Raggio, é hizo alto la fúnebre comitiva para aguardar su vuelta. Al cabo de un cuarto de hora volvió el sacerdote trayendo el crucifijo.

Besó con la mayor devocion el marqués los piés del Cristo; despues, tirando de la parte superior del crucifijo, que no era otra cosa que el puño de un puñal, cuya hoja entraba en la cruz, se lo clavó todo entero en el pecho y murió en el acto.

Desde San Donato fuimos á visitar el *punte Carignan*. Es una construccion curiosa, destinada, no á conducir de una orilla á otra sobre un rio, sino á unir dos montañas. Compónese de siete arcos, de los que los tres del medio creo que tienen ochenta piés de alto: lo que sí hay de cierto es que pasa por encima de muchas casas de seis pisos. Es un paseo muy frecuentado en las ardientes noches del estío, en atencion á que en aquella altura siempre hay seguridad de encontrar aire.

El puente de Carignan conduce á la iglesia del mismo nombre, alhaja del siglo xvi, edificada por el marqués de Sauli por los dibujos de Gáelas Alessio. Debe esta iglesia, una de las mas hermosas de Génova, su existencia al suceso siguiente.

El marqués de Sauli, uno de los hombres mas ricos y mas probos de Génova, tenia muchos palacios en la ciudad, y uno entre otros en el que habitada con preferencia, y que se hallaba situado sobre el mismo sitio donde hoy se levanta la iglesia de Carignan. Como no tenia capilla propia, habia hecho costumbre de ir á oír misa en la de *Santa Maria in via lata*, que pertenece á la familia Fieschi. Este hizo un dia adelantar la hora de la misa, de modo que el marqués de Sauli llegó cuando

ya se hallaba concluida. La primera vez que encontró á su elegante vecino, se quejó á él riéndose.

— Querido marqués, le dijo Fieschi, cuando se quiere ir á misa se tiene una capilla propia.

El marqués de Sauli hizo derribar su palacio y edificar en su lugar la iglesia de Santa Maria de Carignan.

Una parte de sus hermosos palacios, que honrarian á principes, y de esas bellisimas iglesias, dignas de servir de morada á Dios, ha sido edificada por simples particulares. El secreto de estas fundaciones, en donde se han enterrado millones, está simplemente en las leyes suntuarias de la edad media, que prohibian el juego, las fiestas, los diamantes y las ropas de terciopelo y de brocado.

Entonces todos los comerciantes aventureros que durante veinte años habian surcado en todas direcciones los mares y que habian acumulado en sus casas las riquezas de los dos mundos, se encontraron frente á frente de montones de oro de que era preciso hacer algo. Hicieron iglesias y palacios.

La iglesia de San Lorenzo es la mas antigua en fecha del catálogo de las curiosidades de Génova. Sin embargo, como nosotros caminábamos sin seguir orden alguno, ni cronológico ni aristocrático, fué una de las últimas que visitamos.

Entre otras cosas curiosas encierra la iglesia de San Lorenzo el famoso plato de esmeralda sobre el que dicen que hizo Jesus su última cena, y que habia sido regalado á Salomón por la reina de Saba. Hallábase guardado en Jerusalem en el tesoro del templo, y es conocido bajo el nombre de *Sacro-Cattino*. Disputese lo

que se quiera sobre la antigüedad de su origen, la santidad de su uso y la riqueza de su materia, no por eso es menos maravilloso el modo con que cayó en manos de los Genoveses, y la manera con que lo adquirieron bastaría para explicar las precauciones con que lo había guardado la república por miedo de que le sucediese alguna avería.

En 1101 emprendieron juntos los Genoveses y los Pisanos el sitio de Cesárea. Llegados al frente de la ciudad, celebraron consejo de guerra para saber cómo la habían de atacar. Habíanse ya emitido y desechado muchos pareceres, cuando uno de los soldados pisanos que pasaba por profeta, se levantó y dijo :

— Combatimos por la causa de Dios; tengamos, pues, confianza en Dios; no hay necesidad ni de torres, ni de obras, ni de máquinas de guerra. Tengamos únicamente fe, comulguemos todos mañana, y cuando el Señor esté con nosotros, tomemos con una mano la espada y con la otra las escalas, y trepemos á las murallas.

El cónsul genovés *Capuz-Malio* apoyó esto parecer : todo el campo respondió á él con gritos de entusiasmo. Pasaron los cruzados la noche en oracion, y al día siguiente al amanecer, habiendo comulgado y sin mas armas que sus espadas y sin mas máquinas que las escalas de sus galeras, sin mas exhortaciones que el grito de « Dios lo quiere, » guiados por el cónsul y el profeta, Genoveses y Pisanos se agolparon á porfía y tomaron á Cesárea del primer asalto.

Tomada la ciudad, los Genoveses abandonaron á los Pisanos todas las riquezas, con condicion de que estos les dejarían el *Sacro-Cattino*.

Por consecuencia, el *Sacro-Cattino* fué traído de Cesárea á Génova, donde desde entonces estuvo en la mas grande veneracion, tanto por los recuerdos religiosos, como por los recuerdos guerreros que tiene. Crearon doce caballeros *clavigeri* que debían alternativamente y durante un mes guardar la llave del tabernáculo donde estaba encerrado, y del que no se sacaba sino una vez al año para exponerlo á la veneracion pública : entonces un prelado lo tenía colgado por un cordón mientras que al rededor de la reliquia se hallaban colocados sus doce defensores. En fin, en 1476 se promulgó una ley que condenaba á la pena de muerte á cualquiera que tocase el *Sacro-Cattino* con oro, plata, piedras, coral ó cualquiera otra materia, « á fin, decía aquella ley, de impedir á los curiosos y á los indiscretos hacer un exámen durante el cual pudiese sufrir el *Sacro-Cattino* algun golpe ó romperse, lo que seria una pérdida irreparable para la república. » A pesar de esta ley, el señor de la Condamina, que había creído notar en el *Sacro-Cattino* una pompita semejante á las que se hallan en el vidrio fundido, ocultó un diamante bajo la manga de su vestido para experimentar su dureza, debiendo el diamante hacer mella en él si era de vidrio, y permanecer impotente si era de esmeralda. Afortunadamente para el señor de Condamina, que tal vez ignoraba además aquella ley, el sacerdote se apercibió á tiempo de su intencion y levantó el *Sacro-Cattino* en el momento mismo en que el indiscreto sacaba su diamante. El monje no pasó mas que el susto, y el señor de la Condamina se quedó en la duda.

Los judíos de Génova eran menos incrédulos que el

sabio francés, porque prestaron durante el sitio cuatro millones sobre aquella prenda. Probablemente fueron reembolsados de los cuatro millones porque el *Sacro-Cattino* fué trasportado á París en 1809, donde permaneció hasta 1815, época en que fué devuelto á la ciudad con los diferentes objetos de arte que al mismo tiempo les habian cogido los Franceses. El viaje fué fatal á la santa reliquia porque se quebró entre Génova y Turin, y aun se perdió un pedazo; de modo que hoy el *Sacro-Cattino* está no solamente privado de sus honores, de sus guardas y de su misterio, sino desportillado como un simple plato de porcelana. Pidió Jadin el permiso de sacar un dibujo de él, lo que le fué concedido sin dificultad alguna.

Resulta de todo que Génova no cree ya que el *Sacro-Cattino* sea una esmeralda.

Génova no cree ya que esta esmeralda haya sido dada por la reina de Saba á Salomon: Génova no cree tampoco que en aquella esmeralda haya comido Jesus el cordero pascual. Si hoy Génova volviese á tomar á Cesárea, reclamaría su parte de botin y dejaría á los Pisanos el *Sacro-Cattino*, que no es mas que vidrio.

Pero Génova no es libre; Génova tiene una ciudadela erizada toda de cañones, cuyas anchas bocas se abren sobre cada una de sus calles.

Génova tampoco es ya marquesa, ni tiene dux, ni tiene grifo, ni águila imperial, ni zorro. Genova tiene un rey: es simplemente la segunda ciudad del reino.

La fuerza frecuentemente no es otra cosa que la fe. Tal vez Génova seria aun hoy poderosa si creyese siempre que el *Sacro-Cattino* es una esmeralda.

Volvimos á nuestra fonda por el puerto franco, especie de ciudad aparte dentro de la misma ciudad con sus instituciones, sus leyes y su poblacion propia. Esta poblacion fué fundada en 1340 por el Banco de San Jorge, que bajo el nombre árabe de Caravana habia hecho venir doce cargadores ó mozos de cordel del valle de Brombana. Aquellos doce cargadores tenian sus mujeres que habitaban en el puerto franco con ellos, y que se volvian á parir á las poblaciones de Pianna y de Zunero para dar á sus hijos el privilegio de suceder á sus padres. Asi es que se ha perpetuado esta compañía por espacio de quinientos años, subiendo hasta el número de doscientos miembros, y dejando de padres á hijos tal tradicion de probidad que no hay memoria en la policia que se haya dado una sola queja contra alguno de los mozos de cordel del puerto franco. Los caravanas sin hijos pueden vender sus empleos á sus compatriotas: un cargo de estos vale hasta diez ó doce mil francos.

Durante toda nuestra expedicion, por las esquinas de la calle habiamos encontrado carteles anunciando con gran pompa la representacion en el teatro Diurno, la muerte de Maria Estuardo con vestuario nuevo. Comprendese bien que tuvimos buen cuidado de no perder tan buena ocasion: dimos un golpe de cepillo á nuestra ropa y fuimos al despacho de billetes, que se abrió á las dos y media.

El teatro Diurno es una tradicion de los antiguos circos: como los espectadores griegos ó romanos, los espectadores modernos están sentados sobre gradas circulares, casi como las del circo de caballos de Franceni. La única diferencia que hay, es que

aquel edificio no tenia mas bóveda que la cúpula del cielo : resultando de aqui que como está construido en un barrio bastante frecuentado en medió de las hermosas *vilas* y sombreado por altos plátanos, hay tantos espectadores sobre los árboles y en las ventanas, como dentro del teatro, lo que no debe dar mucho gusto al empresario. Como se comprende bien, no tratamos de hacer economía alguna sobre los doce cuartos que cuesta el billete, y entramos y pagamos Jadin y yo nuestro precio.

Bien los vale por cierto el espectáculo. Como anunciaban los carteles, los vestidos eran nuevos, tal vez demasiado nuevos, porque la accion pasa en 1585, y los vestidos serian del año de 1812.

¡Ay! Tal vez era el deshecho entero de alguna pobre corte imperial de Italia, tal vez el de la graciosa y espiritual gran duquesa Elisa. Habia vestidos de terciopelo bordados de oro, con su talle debajo de los hombros y sus largas colas arrastrando; habia vestidos de príncipe y de particulares con sus sombreros de plumas á lo Enrique IV. y sus capas á lo Luis XIII : únicamente han faltado los calzones, y á lo que parece los inteligentes actores los habian suplido con pantalones de seda de color de rosa y azul, y para darles un aire extraño habian hecho frunces encima de las rodillas y sobre el tobillo. En cuanto á Leicester, en lugar de una jarretiera ó liga, tenia dos, modo ingenioso de indicar sin duda el crédito y favor que gozaba con la reina.

La representacion se hizo sin novedad y con mucha satisfaccion de los espectadores; únicamente en el momento en que la reina iba á firmar la sentencia de su rival, una bocanada de viento arrebató la sentencia de

las manos de Isabel, que como se sabe, la gustaba hacer sus cosas por si misma, se levantó, y en lugar de llamar á un paje ó algun portero, echó á correr tras el papel que el viento arrojó al patio.

Tentados estuvimos por un momento Jadin y yo de gritar : perdon, cuando el cielo tan manifiestamente se declaraba en favor de la pobre María ; pero en aquel instante un espectador cogió el papel que presentó á la reina, la que le hizo un saludo en señal de agradecimiento, volvió á sentarse á la mesa, y lo firmó con gravedad como si nada le hubiera sucedido. María Estuardo definitivamente condenada, fué ejecutada sin compasion en el acto siguiente.

Volvimos á nuestro hotel donde nos aguardaba la comida, que despachamos filosofando sobre las miserias humanas.

A los postres me anunciaron que queria hablarme un hombre de la policia. Como yo no creia que hubiese secretos entre la policia sarda y yo, hice rogar al emisario del *Buon Governo* que se tomase la molestia de entrar. Me saludó el emisario con gran cortesia, me presentó mi pasaporte visado para Liorna, y me dijo que el rey Carlos Alberto, habiendo sabido mi llegada el dia antes á la ciudad de Génova, me invitaba á salir de ella al dia siguiente. Rogué al emisario del *Buon Governo* que diese las gracias de mi parte al rey Carlos Alberto por haber tenido la bondad de concederme las cuatro horas, lo que no hacia con todo el mundo, y que manifestase cuán lisonjero era para mi el ser conocido de su rey, á quien yo tambien conocia por un rey guerrero, pero no por un rey literato. El emisario del *Buon Governo* me preguntó si no le dábamos nada para

beber. Le di dos francos, tan satisfecho estaba de que mi reputacion hubiese llegado á S. M. srada, y el emisario del *Buon Governo* se retiró haciendonos mil reverencias.

Cuando Alberto Nota ha venido á Francia nosotros le hemos dado una medalla de oro.

Aunque yo conocia bien la divisa literaria del rey *Carlos Alberto*, que es: *poco di Dio, niente del re*, es decir, hablad poco de Dios y nada del re: y tal vez por lo mismo que yo conocia bien esta divisa no comprendia la bondad que habia tenido al ocuparse asi de mi. Yo he escrito poco sobre Dios en mi vida, pero lo poco que he escrito no ha sido inútil para la religion. He hablado del rey *Carlos Alberto*, es verdad, pero ha sido para hacer elogio de su valor como príncipe de *Carignan*, y no habia por esto por qué arrojarme de sus Estados.

Hacia tres años antes que yo le habia quemado alguna fanega de un bosque, pero se la habia pagado, y como habia oido decir que las buenas cuentas conservan amistad, y las malas habian sido buenas, me creie con justo título uno de los buenos amigos del rey *Carlos Alberto*.

Tuve mucho miedo que este suceso no aumentase la cuenta de la fonda, teniendo la impresion que debia haber causado en el ánimo del fondista de las Cuatro Naciones, que necesariamente debia tomarme por algun príncipe disfrazado. Felizmente tuve que habérmelas con un buen hombre que no abusó de mi position, y que me hizo pagar casi lo que paga todo el mundo.

A la mañana siguiente, el emisario del *Buon Governo* tuvo la bondad de venir en persona á prevenirme que

un buque francés, el *Sulli*, salia á las cuatro de la mañana, y que el rey *Carlos Alberto* venia con gusto que me fuera por la via del mar en lugar de la via de tierra. Esto venia muy bien con mis intenciones, en atencion á que por la via de tierra encontraría los Estados del duque de Módena, con quien no tenia gana de hallarme: asi hice dar las gracias á S. M. de esta nueva atencion y di á su representante mi palabra de que á las cuatro menos cuarto estaria á bordo del *Sulli*. El emisario del *Buon Governo* volvió á preguntarme si no le daba nada para beber: le di un franco y se marchó llamándome excelencia.

Fuimos á dar una última vuelta á la *Strada Balbi*, la *Strada Nuovissima*, y la *Strada Nuova*: Jardin sacó una vista de la plaza de Fuentes amorosas, y despues sacamos nuestro reloj: no era mas que medio dia. Visitamos entonces los palacios *Balbi* y *Durazzo* que habiamos olvidado en nuestra primera expedicion, y esto nos hizo pasar todavia dos horas. Despues recordé que habia en el palacio de los PP. del *Commun* una cierta mesa de bronce antigua conteniendo una senenaea dada en el año 690 de la fundacion de Roma por dos juiseconsultos romanos, con motivo de una contienda suscitada entre las gentes de Génova y de Langsen, hallada por un aldeano que trabajaba en el campo en la *Colubera*, y nos fuimos al antiguo palacio de los PP. del *Commun*, en lo que empleamos una media hora. Copié el juicio, no á Dios gracias para ofrecérselo á mis lectores, sino por hacer algo, porque el tiempo que me habia concedido el rey *Carlos Alberto* empezaba á parecerme largo, y esto me hizo emplear todavia un cuarto de hora.

En fin, como no nos quedaba mas ya que una hora y cuarto para hacer nuestros equipajes é irnos al buque, nos volvimos á la fonda, ajustamos nuestra cuenta, y entramos en una lancha, siendo enteramente del parecer de aquel bueno y entendido presidente Desgrosses, que pretende que entre los placéres que Génova puede producir, olvidan los viajeros ordinariamente el mencionar el mayor de ellos, que es, el de verse fuera de ella.

La primera persona á quien vi al subir á bordo del *Sulli*, fué mi emisario del *Buon Governo*, que iba á cerciorarse por sus propios ojos de si realmente abandonaba á Génova. Nos saludamos como amigos antiguos, y tuve la ventaja de que honrase con su conversacion hasta el momento en que tocaron la campana del vapor. Me manifestó entonces todo su pesar por separarse de mi, y me alargó la mano. Depositó generosamente en ella una moneda de diez cuartos. El emisario del *Buon Governo* me llamó *monseñor*, y bajó á su lancha deseándome todas clase de felicidades.

Génova es verdaderamente magnífica vista desde el puerto. Al aspecto de aquellas espléndidas casas construidas en anfiteatro, con sus jardines colgantes como los de Semiramis, no puede uno imaginarse los infectos callejones que se arrastran á sus piés de mármol. Si en lugar de hacerme salir de Génova Carlos Alberto, me hubiese impedido entrar en ella, jamás me hubiera consolado.

Alejábame, pues, con un profundo sentimiento de agradecimiento á S. M. sarda, cuando senti que á pesar de la interesante conversacion de mi vecino el señor marqués de R... que me contaba la primera de sus tres

emigraciones en 92, se mezclaba otro sentimiento menos puro. Hallábase agitada la mar, el viento era contrario, de modo que el buque, sobre el maldito olor del vapor, que todo paquebot se cree con derecho á exhalar, tenia unos vaivenes, que á cada movimiento me removia el alma. Miré en derredor mio, y vi que aunque hacia dos horas que habíamos salido, y que aunque aun hacia bastante dia, se hallaba el puente casi vacío. Busqué con los ojos á Jadin, y lo vi fuma donsu cuarta pipa, y andando á grandes pasos seguido de Milord, que no comprendia nada de aquella agitacion inusitada de su amo. Creí notar que á pesar de la firmeza de su paso, su color se iba poniendo pálido, y vidrioso su ojo. Comprendí, sin embargo, que el movimiento debia ser una reaccion benéfica contra el estremecimiento que comenzaba á apoderarse de mí, y pregunté al señor marqués de R... si no podia continuar su relacion andando. Parece que poco importaba al orador, con tal que hablase, porque sin interrumpirse se puso inmediatamente en pié. Yo quise hacer otro tanto, pero conocí que me daba vueltas la cabeza: volví á caer en el banco pidiendo con voz lastimera un limon. Esta peticion fué repetida con una voz magnífica de bajo por el marqués de R... que volvió á sentarse á mi lado y pasó de su primera á su segunda emigracion.

Trajéronme el limon, quise morder en la cáscara; para morder era preciso abrir la boca: esto me perdió. El que jamás ha padecido mareos no sabe lo que es padecer. Yo por mi sé decir que tenia la cabeza enteramente aturdida. Oia á mi emigrado que en los intervalos en que me sentia mejor continuaba su relacion.

Hubiera querido pegarle, hubiera dado mucho por esto, pero no tenia fuerzas de levantar ni aun el dedo meñique. Sin embargo, hice un esfuerzo violento y me volví. Percibi entonces á Jadin en una posicion equívoca, y á Milord mirándole con ojos asombrados. Todo se me apareció como á través de un vapor, cuando un cuerpo opaco vino á colocarse entre Jadin y yo. Era el marqués que no queria perdonarme la relacion de su tercera emigracion, que creyendo que yo me habia vuelto iba á ponerse de nuevo á mi alcance.

La reunion de estos dos suplicios me salvó, el uno me dió fuerzas contra el otro. Pasando cerca de mí un marinero, le cogí por un brazo preguntándole por mi camarote. El marinero estaba acostumbrado á esta clase de preguntas. Me cogió no sé por dónde, me llevó no sé cómo, y me encontré echado. Oí que me haria un poco de té, que me sentaria bien, y repliqué maquinalmente :

— ¿ Hay té ?

— ¿ Cuánto ? me preguntó.

— Mucho, respondí.

Despues no me acuerdo de nada, sino es de que de cinco en cinco minutos tragaba mucho liquido, y que esta imbibicion duró cuatro ó cinco horas. En fin, molido, quebrantado, hecho pedazos, me quedé dormido casi de la misma manera como uno debe morir.

Cuando me desperté al dia siguiente nos hallábamós en el puerto de Liorna : habia devorado tres limones, bebido veinte y ocho francos de té y oido contar las tres emigraciones del marqués de R...

Subí al puente del buque para buscar á Jadin, y le

encontré en un rincon insensible á las caricias de Milord, y á los consuelos de Onesimo ; tan humillado se encontraba de haber hecho á las naciones extranjeras testigos de su debilidad. En cuanto á mí no pude tocar un limon en seis semanas, no he podido beber té en seis meses, y no podré volver á ver al marqués de R... on toda mi vida.